YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

Muerte de Lázaro – Juan 11:1-27

(Jn 11:1-27) “Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba.

Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él.

Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.”

Introducción

Aunque todavía estamos en la mitad del evangelio, es en este capítulo donde encontramos el último de los siete milagros o señales que Juan recoge. De hecho, los capítulos 11 y 12 marcan un nuevo y significativo paso en la vida y obra de Jesús que le conducirá hasta la cruz. Como veremos, fue precisamente este milagro la causa definitiva por la que las autoridades judías tomaron oficialmente la decisión de que Jesús debía morir (Jn 11:45-53).

Por otro lado, esta última señal de Jesús pone en evidencia de forma totalmente clara que él era el Hijo de Dios, algo que como recordaremos es el propósito de este evangelio (Jn 20:30-31). Y una vez más, siguiendo con su esquema general, el evangelista acompaña un milagro con una declaración de quién es Jesús. En la sección anterior vimos que Jesús dijo que él era la Luz del mundo, y lo demostró dando la vista a un hombre ciego de nacimiento. Ahora vamos a ver que hizo otra declaración igualmente sorprendente: “Yo soy la resurrección y la vida”, y lo demostró resucitando a un hombre que ya hacía cuatro días que estaba muerto. Es interesante notar que la revelación de quién es Jesús no se basa en ideas abstractas, sino en hechos históricos concretos. Por lo tanto, la narración que tenemos delante de nosotros, no pretende llevarnos a pensar en Lázaro, y quizá por eso sepamos tan poco de él, sino que su propósito final es conducir nuestras miradas a Cristo, para que quedemos maravillados con su gloriosa persona. Aquí se nos presenta teniendo un señorío absoluto sobre la muerte: “Yo soy la resurrección y la vida”. Y por medio de este milagro demostró que es capaz de traer a las personas de la muerte a la vida y cumplir plenamente lo que había anunciado anteriormente: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn 10:10). Esto encontrará su consumación final en la resurrección de todos los creyentes (Jn 5:28-29).

Por otro lado, la resurrección de Lázaro tenía la intención de proporcionar a los judíos una prueba definitiva de que Jesús era el Cristo de Dios, el Mesías prometido. En el capítulo anterior los judíos le habían dicho: “Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente”, a lo que Jesús contestó apelando a sus obras: “las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí” (Jn 10:24-25). Y en este pasaje vamos a ver que a tan solo tres kilómetros de Jerusalén, y en presencia de numerosos testigos, Jesús resucitó a Lázaro, un hombre que llevaba cuatro días muertos. A partir de ahí, los judíos no podían decir que carecieran de pruebas de que Jesús era el Cristo.

Pero además, la resurrección de Lázaro serviría también para preparar las mentes de los judíos y de los discípulos para la propia resurrección de Jesús. Nadie podría decir después que era un acontecimiento imposible.

“Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana”

El relato comienza presentándonos a tres hermanos; Lázaro, María y Marta, que vivían en Betania, una aldea a unos tres kilómetros de Jerusalén al pie de la ladera oriental del monte de los Olivos. Por los otros evangelios sabemos que cuando el Señor viajaba a Jerusalén, solía retirarse a pasar la noche en Betania (Mt 21:17) (Mr 11:11). Allí gozaba del afecto y el cariño que encontraba en el hogar de estos tres hermanos (Lc 10:38-42). Esta misma María es la que ungió los pies de Jesús con un ungüento de gran precio (Jn 11:2) (Jn 12:1-8). Fue también desde Betania de donde partió el Señor para hacer su entrada triunfal en Jerusalén y allí pasó la noche inmediatamente anterior a su pasión. Y unas semanas después de su resurrección, fue también en las proximidades de Betania desde donde el Señor ascendió finalmente al cielo (Lc 24:50-53). Por lo tanto, podemos decir que el Señor estaba muy unido a Betania, y en especial a la familia de Lázaro, donde encontraba un ambiente feliz y de una amistad especial. En aquel hogar el Señor disfrutaba de un oasis de paz en medio de la hostilidad con la que era recibido cada vez que entraba en Jerusalén. Allí el Maestro hallaba alivio y consuelo al escapar de las polémicas y las luchas dialécticas que cada día tenía en el templo en Jerusalén. Bien valía la pena andar los tres kilómetros que le separaban hasta Betania.

“Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro”

El amor que sentía el Señor por cada uno de los miembros de esta familia se afirma en varias ocasiones a lo largo de este pasaje (Jn 11:3,5,36. Aunque eran hermanos, como suele ocurrir, todos ellos eran muy diferentes entre sí. Marta siempre parecía “turbada y afanada con muchas cosas” (Lc 10:41). Era de ese tipo de mujeres que siempre están pendientes de todo lo que pueda afectar a la comodidad y el bienestar de aquellos que están a su alrededor. María, en cambio, “se sentaba a los pies de Jesús y oía su palabra” (Lc 10:39). Ella manifestaba una relativa pasividad, un espíritu dado a la meditación y entregado enteramente a la devoción a Jesús. Y de Lázaro sabemos muy poco, porque nunca dice nada en ninguno de los relatos en donde aparece. Le imaginamos por lo tanto un hombre de pocas palabras, tranquilo y modesto. Pero aunque hubiera importantes diferencias de carácter entre todos ellos, el Señor los amaba a todos por igual. Tal vez los padres puedan pecar teniendo favoritismos por alguno de sus hijos, pero esto no ocurre con el Señor. Él nos ama a todos por igual sin importarle la diversidad de nuestros caracteres o dones.

La enfermedad de Lázaro

Sin embargo, el pasaje nos enseña que a pesar de la estrecha vinculación que había entre estos tres hermanos y el Señor, aun así, esta querida familia fue afligida por la enfermedad y la muerte de Lázaro. Este hecho nos hace reflexionar sobre dos hechos importantes. El primero es que la enfermedad no debe ser interpretada necesariamente como una evidencia del enojo divino sobre nosotros. Y el segundo, que los cristianos enferman y mueren del mismo modo que lo hacen los que no son creyentes.

El propósito de la enfermedad de Lázaro

Cuando el Señor recibió la noticia de que su amigo Lázaro estaba enfermo, dijo que esa enfermedad no sería para muerte. Con eso estaba dando a entender que la muerte no sería el resultado final de esa enfermedad, porque aunque era cierto que iba a morir, el sepulcro no podría retener por mucho tiempo el cuerpo de Lázaro. Debemos entender, por lo tanto, que el Señor estaba anticipando que la muerte no saldría victoriosa, sino que sería vencida cuando él mismo resucitara a su amigo. Es verdad que podría haber dicho: “Lázaro morirá y después resucitará”, pero no lo hizo. De ese modo, aunque el Señor sabía que lo iba a resucitar más tarde, todos los demás tenían que enfrentar los acontecimientos sin saber a ciencia cierta lo que él se proponía. Y eso es exactamente lo mismo que nos ocurre a nosotros cuando atravesamos por diversas pruebas; Dios tiene un propósito, pero nosotros no lo conocemos de antemano, por lo que con frecuencia nos preguntamos por qué tenemos que pasar por ciertas experiencias desagradables. Pero como decimos, Dios siempre tiene un propósito en todo lo que nos ocurre. En muchas ocasiones él permite enfermedades u otras dificultades con el fin de hacer crecer y madurar nuestra fe. Esto es así porque la enfermedad nos muestra cuán frágiles somos, y con frecuencia, es en esas circunstancias cuando experimentamos una mayor necesidad de acercarnos a Dios en busca de ayuda; leemos más nuestras biblias y oramos con más fervor. Es entonces cuando nos volvemos lo suficientemente sensibles para aprender lecciones que de otro modo no aprenderíamos, porque el sufrimiento nos quita la orgullosa dependencia que tenemos de nosotros mismos y nos arroja a los pies de Dios. Por otro lado, la cercanía de la muerte también nos lleva a pensar en la brevedad de la vida, y vemos cómo el momento de rendir cuentas ante Dios se acerca a nosotros inexorablemente. Muchos en esas circunstancias sienten la necesidad de arreglar o mejorar su relación con Dios.

En nuestro pasaje vemos que la enfermedad de Lázaro llevó a sus hermanas a desear estar más cerca de Jesús, razón por la que mandaron a llamarle. Pero el Señor no fue inmediatamente, sino que envió de vuelta al mensajero con estas enigmáticas palabras: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”. En esto que dijo el Señor notamos que el propósito principal de la enfermedad y muerte de Lázaro iba a ser manifestar la gloria de Dios y también la del Hijo. Ambos serían glorificados por igual, puesto que la relación entre ambos es tan estrecha e inseparable que no es posible que uno sea glorificado a parte del otro (Jn 5:23). En cuanto a la expresión “la gloria de Dios”, en este evangelio se usa para referirse a aquellos atributos de Dios que son mostrados a los hombres. Y en esta ocasión vamos a ver al Señor Jesucristo presentarse como la “resurrección y la vida”; dos atributos suyos que guardan una estrecha relación con las necesidades más fundamentales del hombre. Por lo tanto, el sufrimiento de las hermanas de Lázaro tenía un elevado propósito: iba a llevarles a descubrir algo del carácter de Dios que de otra manera desconocerían. Tenemos otros ejemplos en la Escritura de cómo los tiempos de prueba han llevado a los creyentes a conocer a Dios de una manera totalmente nueva. Por ejemplo, el rey David no habría conocido a Dios como su “Roca, Fortaleza y Libertador” si no hubiera sufrido la persecución de sus enemigos (2 S 22:1-51). Abraham no habría conocido a Dios como “Jehová Proveerá” si no hubiera estado dispuesto a ofrecer a su hijo Isaac (Gn 22:14). Las hermanas de Lázaro no habrían conocido a Jesús como la “Resurrección y la vida” si su hermano no hubiera muerto. Y probablemente María no habría ungido a Cristo con aquel vaso de alabastro de gran precio si no hubiera presenciado la resurrección de su hermano.

“Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo”

Aquí tenemos un buen ejemplo de lo primero que deberían hacer los cristianos cuando están enfermos o atraviesan por dificultades del tipo que sea: buscar al Señor. Es verdad que nosotros no podemos hacerlo de una forma física, tal como lo hicieron María y Marta, pero siempre podemos acudir a él por medio de nuestras oraciones. Por supuesto, esto no quita que también utilicemos otros medios para recuperar la salud, pero ante todo y sobre todo, debemos llevar nuestras dolencias al Señor en oración y confiar en él. ¡Y cuánto debemos agradecer también que nuestros hermanos oren por nosotros! En cuanto al mensaje que las hermanas enviaron a Jesús, hay un detalle muy importante y hermoso: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”. No agregaron nada más, no formularon ninguna petición, pero tampoco hacía falta. Ellas tenían la plena confianza en que el Señor haría lo que considerase más acertado. Esta es una verdadera prueba de fe y humildad que debemos tener en cuenta en nuestras oraciones. Y notemos también que su confianza no se basaba en el amor que Lázaro tenía por el Señor, sino en el amor del Señor por Lázaro. El amor que nosotros podemos llegar a tener por Jesús es siempre imperfecto, fluctuante e incierto; pero el amor de Jesús hacia nosotros es perfecto y no cambia nunca. Estas dos mujeres sabían cómo el Señor amaba a Lázaro, así que no tuvieron que hacer una larga petición con frases rebuscadas que repetirían una y otra vez con el fin de intentar convencerle para que hiciera lo que le pedían. Nada de eso era necesario. Ellas sabían que el Señor tenía poder más que suficiente para hacer lo que se propusiera, y descansaban en que su amor le movería a actuar a su favor de la mejor manera. Y de igual modo, cuando nosotros nos dirigimos a Dios en oración, debemos estar seguros de que su amor por nosotros es real, y de ahí en adelante debemos esperar confiadamente su respuesta.

“Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba”

Cuando Jesús escuchó que Lázaro estaba enfermo, esperaríamos que hubiera salido inmediatamente hacia Betania para sanarlo, o que pronunciara una palabra que lo sanara a distancia del mismo modo que hizo con el hijo del oficial del rey en Capernaum (Jn 4:50-51). Pero Jesús no hizo ninguna de las dos cosas. Este comportamiento parece poner en duda la afirmación previa de que Jesús amaba a Lázaro y a sus hermanas. Pero aquí vamos a aprender que el amor de Dios se manifiesta también en su demora al contestar nuestras peticiones.

Sólo después de dos días Jesús se puso en marcha para ir a Betania. Mientras tanto María y Marta tuvieron que pasar por la agonía y el sufrimiento de ver morir a su hermano. Podemos imaginar su dolor por esta pérdida, pero también su perplejidad por la falta de respuesta de Jesús en todo ese tiempo.

Uno de los misterios de la vida espiritual es que a veces el Señor no llega cuando más lo necesitamos, y entonces nos preguntamos una y otra vez: ¿Dónde está Dios? ¿Por qué no hace algo? ¿No ve Dios que le necesitamos? ¿Acaso es que no le importamos? ¿Por qué permite que suframos si realmente nos ama? Estas mismas preguntas deben haber estado dando vueltas en los corazones de estos tres amigos de Jesús.

Ahora bien, el pasaje no nos explica por qué el Señor no acudió rápidamente a Betania. Tal vez estuvo atendiendo a otros moribundos mientras tanto, o sanando a otros enfermos. No lo sabemos. Aunque cuando los que sufrimos somos nosotros, creemos que nuestro caso es prioritario y no puede haber nada más importante. Quizá en este punto las dos hermanas estaban pensando que a fin de cuentas ellas se habían ocupado de Jesús y de sus discípulos en otras ocasiones, y que ahora le tocaba a Jesús hacer algo por ellas. Queremos creer que no pensaban así, aunque nosotros si que lo hayamos hecho en algunas ocasiones. Pero estos planteamientos son erróneos.

Lo que sí que parece claro cuando conocemos el final de la historia, es que el Señor tenía un propósito bien definido. El no iba a sanar a Lázaro, sino que lo iba a resucitar, y para eso era necesario que primero muriera. Y por supuesto, al hacerlo así, también iba a defraudar momentáneamente las expectativas que las hermanas tenían puestas en él.

¡Qué difícil es esperar mientras sufrimos y no recibimos respuesta de Dios! El silencio de la espera nos consume por dentro. Algunas veces puede ser una enfermedad prolongada y dolorosa, otras un despido, o sufrir algún tipo de abuso, que nos traten injustamente, estar solos... ¡Son tantos los dilemas que enfrentamos continuamente!

Pero no podemos juzgar una situación hasta que no ha llegado a su fin. No podemos actuar como niños impacientes. Sólo cuando veamos las cosas terminadas y en perspectiva podremos entender cómo obra la providencia de Dios a favor de sus hijos. No olvidemos que nosotros vemos la vida desde el día de hoy, mientras que Dios la ve desde la eternidad. Cuando nosotros lleguemos a ese mismo punto, no nos quedará ninguna duda de la infinita sabiduría de Dios. Pero mientras veamos sólo una parte, es probable que habrá cosas que no entendamos. Por eso se hace necesario confiar en Dios con paciencia en cada prueba de la vida, teniendo la convicción de que todo lo que él hace está bien hecho y en el momento oportuno. Cuando llegamos a ese punto podemos orar diciendo: “Señor, mi tiempo está en tu mano. Haz conmigo lo que quieras, como quieras y cuando quieras. Hágase tu voluntad y no la mía”. Entonces dejaremos de quejarnos y veremos desaparecer de nosotros la amargura y el resentimiento. Y cuando todo haya pasado, es seguro que no habríamos deseado que las cosas hubieran ocurrido de otra forma.

Tal vez usted ha tenido la ocasión de ver salir a una mariposa de su capullo. Cuando ya está formada, lucha durante un largo rato para librarse de las fibras secas que la rodean. Si usted está viendo este largo proceso, quizá se impaciente y tenga la tentación de ayudar a la mariposa en esa interminable lucha para que pueda salir volando libremente cuanto antes. En ese caso, puede cortar con unas pequeñas tijeras las fibras secas que la rodean y así la mariposa podrá salir fácilmente, pero debe saber que su ayuda sólo conseguirá que la mariposa tenga una vida muy corta. A usted le puede parecer que su compasión tendrá el efecto contrario, pero no es así. Lo que debe saber es que la presión que experimenta durante su larga salida sirve para inflar sus alas con la sangre que ha almacenado en su abdomen. Así que todo ese doloroso proceso sirve para que sus alas se endurezcan y se sequen antes de que pueda comenzar a volar. Si le libra de su sufrimiento o intenta acortarlo, habrá terminado también con su nueva vida.

Una gran verdad que nunca debemos olvidar es que por mucho que parezca que Dios se retrasa en atendernos, él nunca duerme ni se olvida de su pueblo. Todo cuanto acontece en nuestras vidas ha sido guiado por su infinito amor y sabiduría, y cuando él lo crea necesario entrará en acción, siempre en el momento más apropiado. Aquel que estuvo dispuesto a morir por nosotros en la cruz, podemos estar seguros de que no va a permitir que suframos por capricho. Pensar en esto nos ayudará a sobrellevar con paciencia cualquier penalidad de la vida.

Por otro lado, el “retraso” de Cristo en ir a Betania sirvió también para que nadie pudiera negar el milagro de resurrección que iba a llevar a cabo. Ninguno de sus enemigos podría decir que Lázaro no estaba muerto, que sólo se había desvanecido. Cuando abrieron el sepulcro no quedó duda alguna de que el proceso de descomposición ya había comenzado y que Lázaro estaba realmente muerto. Así que, aunque no nos gusta, vemos que en cierto sentido las hermanas sufrieron también para el beneficio de los judíos incrédulos, que de ese modo iban a recibir una señal definitiva de quién era Jesús. Y no sólo ellos, sino que también la fe de los discípulos sería fortalecida (Jn 11:15).

“Luego dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez”

Cuando llegó la hora establecida por su Padre, Jesús se dispuso a ir nuevamente a Judea. Esto alarmó a los discípulos que le advirtieron del peligro: “Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?”. A ellos les parecía un plan muy peligroso, y era cierto. No olvidemos que poco tiempo antes habían tenido que salir de allí debido a la violenta oposición de los judíos (Jn 10:39-40). Volver de nuevo era lanzarse al ojo del huracán.

Pero el Señor no dudaba en poner en peligro su vida para ir a ayudar a sus amigos. Y esto nos recuerda algo que ya sabemos: cada vez que el Señor busca el bien de los suyos, tiene un alto coste personal para él. La cruz es el mayor ejemplo de este principio. Pero de ninguna manera las amenazas de los judíos o el temor al sufrimiento iban a impedirle cumplir con la voluntad de su Padre.

También podemos entender la preocupación de los discípulos. El clima de hostilidad que se respiraba en Jerusalén contra el Señor fácilmente podía incluirles también a ellos. Sabía que corrían un importante riesgo personal si acompañaban al Señor. Tomás lo dejó claro cuando dijo: “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (Jn 11:16).

! “Vino, pues, Jesús, y halló que hacía cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro”

Cuando Jesús llegó a Betania, su amigo Lázaro ya hacía cuatro días que estaba en el sepulcro. Parece que fue sepultado el mismo día de su muerte. Allí se encontró con “muchos de los judíos que habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano”. Probablemente muchos de estos judíos habían venido desde Jerusalén, ya que como Juan nos explica, “Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios”, unos tres kilómetros. El caso es que con Lázaro en la tumba, toda esperanza humana se había apagado. Nosotros decimos que mientras hay vida, hay esperanza, pero con la muerte se acaba todo. Es el fin de las aspiraciones, los deseos, los planes. Ya no es posible seguir luchando, ya no hay posibilidad de cambiar ni rectificar las decisiones mal tomadas. Sólo quedaba lugar para las lágrimas, los lamentos y las condolencias por la pérdida, cosas muy nobles si son hechas con sinceridad, pero que de ninguna manera pueden llenar el vacío que el difunto ha dejado. Quizá por eso se hace tan difícil consolar a alguien que ha perdido a un familiar cercano. ¿Qué decir en esas circunstancias? Todo parecen ser palabras vacías. Es verdad que podemos llorar con los que lloran, pero esto no les devolverá a su ser querido. En esas ocasiones toda simpatía humana se comprueba insuficiente. Quizá por esa razón en muchas culturas modernas se hace todo lo posible por negar la muerte. Es poco habitual que alguien muera en casa rodeado de sus seres queridos. Tampoco los cuerpos son vestidos y preparados para la sepultura por la familia, como sucedía sólo unas décadas atrás. En nuestro tiempo, este proceso ha sido asumido por hospitales, residencias y servicios funerarios. Las funerarias son lugares pintados en tonos pastel, con cómodos sillones, bonitos cuadros y música relajante que nos ayudan a olvidar lo cerca que estamos de la muerte. Los ataúdes son hermosos por dentro y por fuera, hasta casi parecen acogedores. Los cementerios se han convertido en bellos jardines que evocan paz y serenidad. Todo esto surge de un deseo de hacer que la muerte sea una experiencia algo menos dolorosa, pero ni siquiera todas esas cosas logran ocultar la profunda frustración que nos produce. En cambio, en la sociedad judía de aquel tiempo las cosas eran muy diferentes. Ellos dedicaban treinta días para el duelo. Los tres primeros días eran para llorar; siete días para lamentar; y veinte días en que ninguno de los que tomaban parte se lavaba o afeitaba. Con todo esto el dolor se mantenía presente por más tiempo y tenía que resultar una experiencia agotadora. Ahora bien, ¿qué haría Jesús en esas circunstancias? ¿Se limitaría a decir algunas bonitas palabras como los demás, o haría algo diferente? ¿Qué haría frente a la muerte, el mayor enemigo del ser humano? ¿Cómo consolaría el Señor a María y Marta?

“Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”

Las primeras palabras que nuestro Señor pronunció cuando llegó a Betania son realmente extraordinarias. Prometió a Marta que su hermano Lázaro iba a resucitar. Pero Marta seguía luchando con su fe y no era capaz de interpretar la resurrección prometida por Jesús como una realidad para el tiempo presente, sino para el día postrero. De hecho, cuando más adelante el Señor mandó retirar la piedra de entrada del sepulcro, Marta parecía no creer todavía que Jesús fuera a resucitar a su hermano, y lo único que alcanzó a decir es que ya hedía porque llevaba cuatro días muerto (Jn 11:39). Ella, al igual que muchos de nosotros, somos capaces que creer que Dios hará grandes cosas en un futuro lejano, pero al mismo tiempo manifestamos una fe débil ante las pruebas presentes. Pero una vez más vamos a ver que el Señor es capaz de hacer mucho más de lo que pedimos o esperamos también en el presente.

“Dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”

Marta creía que Jesús sería escuchado por Dios en todo aquello que pidiera, pero ahora el Señor le dijo que él mismo tenía autoridad y poder para dar vida y para restaurarla por medio de la resurrección. Él es el “Autor de la vida”, el mismo Dios encarnado, fuente de toda vida, ya sea espiritual o física. Por eso, nadie más que él podía hacer una declaración como esta: “Yo soy la resurrección y la vida”. Esta es la séptima afirmación del Señor que Juan recogió y que comienza con el conocido “Yo soy”. En esta ocasión quería mostrar que él tenía poder absoluto sobre la muerte. No que fuera un medio para traer a la vida a los muertos, como lo pudieron ser en el pasado profetas como Elías o Eliseo, sino que él mismo era la resurrección y la vida. En esta ocasión el Señor se proponía resucitar a Lázaro, pero esto sería sólo un anticipo de lo que un día ocurrirá en este mundo “cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Jn 5:28-29). Notemos también el orden en su declaración: “resurrección y vida”. Primero viene la resurrección y luego la vida; porque la resurrección abre la puerta hacia la auténtica vida inmortal. Por eso debemos entender que el Señor se estaba refiriendo en este contexto a personas que están “muertas” físicamente. Todas ellas serán resucitadas por el poder del Señor Jesucristo y vivirán eternamente; unos en condenación y otros disfrutando de la vida eterna junto al Señor. Y a continuación habla de los creyentes vivos, del mismo modo que antes había hablado de los creyentes que ya habían muerto, y dice: “Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”. El creyente será librado de la muerte o condenación eterna por el poder del Señor.

“¿Crees esto?”

Marta ya había declarado que creía en la resurrección futura de los muertos, pero ahora el Señor le enfrenta con un hecho diferente: ¿Creía ella que Jesús, ¿su Maestro y amigo, era el autor de la vida y la resurrección? ¿O por el contrario seguiría pensando en él sólo como un profeta que enseñaba cosas buenas y agradables? Había llegado el momento de tomar una decisión personal.

“Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo”

Por supuesto, habría sido más fácil contestar a esa pregunta si Jesús ya hubiera resucitado a su hermano Lázaro, pero una vez más, la fe debía preceder al milagro. Por su parte, Marta confesó su fe en Cristo y aceptó que él tenía las llaves de la muerte y el sepulcro. La declaración de Marta contiene varios puntos esenciales de la fe cristiana:

• Que Jesús era el Cristo, el Ungido, el Mesías.

• Que era el Hijo de Dios.

• Que era el Redentor prometido que había venido al mundo.

No deja de sorprendernos cómo llegó a entender con tanta claridad quién era Jesús. Sabemos que a sus discípulos más íntimos les llevó mucho tiempo llegar a expresar algo parecido (Mt 16:15-16). Además, no debemos olvidar que ella confesó su fe en Cristo como la resurrección y la vida justo después de que su hermano hubiera muerto sin que Jesús hubiera hecho nada para impedirlo.

En muy poco tiempo su fe había avanzado de forma increíble y esto sólo pudo ser posible porque por fin había entendido quién era Jesús realmente. Al igual que el apóstol Pablo, ella también podía decir: “Yo sé a quién he creído” (2 Ti 1:12). Y cuando una persona entiende quién es Jesús y pone su fe en él, todas las demás cosas cambian necesariamente. Las pruebas y sufrimientos ya no son tan dolorosos. La esperanza que nos da el saber que él es la “Resurrección y la Vida” nos da una confianza segura en el futuro que resta dolor al presente.

Además, habiendo llegado a ese punto, ya estaba preparada para recibir una nueva y grandiosa revelación. Pero eso lo tendremos que considerar en otro estudio.

Preguntas

1. Haga una lista de los siete milagros que hemos visto en este evangelio y resuma lo aprendido acerca de Jesús en cada uno de ellos.

2. Busque versículos en la Biblia en los que se habla de la muerte de los creyentes y de la de los incrédulos.

3. ¿Cuáles fueron los propósitos por los que el Señor permitió que Lázaro enfermara y muriera? Explíquelos brevemente.

4. ¿Cómo manifestó Jesús su amor por la familia de Lázaro? Reflexione sobre ello.

5. Busque en el evangelio de Juan algunas de las declaraciones que otras personas hicieron sobre quién era Jesús.

La resurrección de Lázaro - Juan 11:28-44

(Jn 11:28-44) “Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba. Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera? Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.”

Introducción

En el pasaje anterior terminamos viendo al Señor Jesús declarando que él es la Resurrección y la Vida. Ahora va a demostrar que sus palabras eran ciertas, y lo hará resucitando a Lázaro, un hombre que llevaba cuatro días muerto. Pero el relato que vamos a estudiar a continuación tiene otras cosas que enseñarnos.

Por un lado comprobaremos una vez más la divinidad del Señor Jesús y la íntima relación que tenía con su Padre, y por otra parte, tendremos la ocasión de considerar su perfecta humanidad. Además de esto nos mostrará también su amor y compasión hacia el ser humano y su indignación ante todo lo que el pecado ha traído al hombre. Será, por lo tanto, un pasaje donde veremos nuevamente la gloria de Dios con toda nitidez. Así pues, vamos a estudiar el milagro de la resurrección de Lázaro, que sin duda es el más grande de cuantos encontramos en este evangelio, antes de la propia resurrección de Jesús, por supuesto, y que fue el desencadenante de los acontecimientos que iban a conducir a su propia muerte.

“El Maestro está aquí” Después de su corto encuentro con el Señor, Marta fue a llamar a su hermana María, “diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama”. En las palabras de Marta se percibe un tono de triunfo: “¡El Señor está aquí! ¡Jesús ha llegado!”. Ellas sabían que con la presencia de Jesús todo sería diferente; aun la misma muerte no parecería tan dolorosa.

Así que, nada más que María recibió la noticia de que Jesús estaba allí y que quería verla, “se levantó de prisa y vino a él” al lugar en donde antes se había encontrado con su hermana Marta en las afueras de Betania. El gozo que la noticia le produjo hizo que saliera sola sin ningún tipo de demora. Aun así, aunque Marta le había comunicado su mensaje en secreto con la finalidad de que ella pudiera hablar en privado con el Señor, cuando los judíos que estaban en la casa consolándolas vieron a María salir de prisa, fueron con ella pensando que iba “al sepulcro a llorar allí”. No dudamos de las buenas intenciones de estos consoladores, pero en cualquier caso, ¡qué difícil es consolar a alguien que ha perdido a un ser querido! En esas ocasiones, todo cuanto podamos decir o hacer siempre resulta insuficiente. Pero el Señor era diferente, por eso, comprendemos perfectamente que nada más que María supo donde estaba Jesús y que quería verla, salió de forma apresurada a su encuentro. Al decir esto no queremos criticar a las personas que habían ido a la casa de Marta y María para consolarlas por la muerte de su hermano, porque aunque es verdad que ya no había mucho que pudieran hacer por ellas, la Biblia nos dice que es importante llorar con los que lloran y mostrarles cariño y simpatía en esos difíciles momentos (Ro 12:15). Esto, sin contar con lo que nos enseña Eclesiastés: “Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón” (Ec 7:2). Ver de cerca la muerte nos hace conocer nuestra propia debilidad y nuestro fin, lo que puede ser altamente instructivo.

“María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies”

Nos resulta difícil pensar en María en una posición diferente que no fuera a los pies de Jesús. Anteriormente ya la habíamos visto a sus pies escuchando su palabra (Lc 10:39), ahora volvemos a verla otra vez a sus pies seguramente buscando consuelo. Y después la veremos de nuevo a los pies de Jesús ungiéndolos con un perfume de gran precio en un acto de adoración (Jn 12:3). Quienes en días tranquilos escuchan y se someten a la Palabra de Dios, también recibirán consuelo en los días de angustia, y pasada la prueba le adorarán.

Ahora bien, antes de que el Señor pudiera consolarla, era necesario que ella expresara todo lo que había en su corazón, algo que hizo con toda confianza: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Sin duda, durante la enfermedad de Lázaro, sus dos hermanas se habían repetido una y otra vez este mismo sentimiento, por eso no es de extrañar que ahora María diga lo mismo que anteriormente ya había expresado Marta cuando se encontró con el Señor. Ambas habían depositado todas sus esperanzas en la venida de Jesús, ambas habían confiado en que su presencia salvaría la vida de su hermano, y muy probablemente, ambas se habían sentido amargamente decepcionadas cuando él no acudió. Así que tenían la necesidad de expresar su dolor con franqueza ante el Señor.

Este fue un momento profundamente conmovedor para el Señor. El amaba a estos tres hermanos, pero no había podido hacer lo que esperaban de él porque tenía otros planes superiores para ellos. Y tampoco había tenido ocasión de explicarles lo que se proponía hacer a favor de Lázaro, así que ellas seguían sufriendo por lo que consideraban la pérdida definitiva de su hermano. El Señor entendía perfectamente su dolor y lo compartía con ellas en lo más profundo de su ser. El evangelista nos dice que “al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió”.

“Jesús profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro”

Después de esto Jesús fue con las hermanas y las demás personas que les acompañaban hasta el lugar en donde Lázaro había sido sepultado. Se trataba de “una cueva, y tenía una piedra puesta encima”. Durante todo el trayecto Jesús siguió evidenciando que estaba profundamente conmovido.

Una vez que llegaron al lugar donde Lázaro había sido sepultado, y ante el asombro de todos, Jesús ordenó quitar la piedra que cubría la entrada. En ese momento, “Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días”. Su protesta era lógica. Ella, al igual que todos los demás, habrían pensado que Jesús sólo quería ver el lugar donde habían puesto a su amigo y llorar ante su tumba, pero abrir el sepulcro no tenía sentido, sobre todo porque ya hacía cuatro días que había muerto y el proceso de descomposición ya había comenzado.

¿Por qué obligar a sus hermanas a ver el cuerpo en descomposición de su hermano? Esta era una prueba más por la que su fe tendría que pasar si había de madurar. Marta había confesado que creía que Jesús era la resurrección y la vida (Jn 11:25-27), pero ahora era necesario pasar de la teoría a la práctica. Y tenemos que reconocerlo, ahí es donde también todos nosotros encontramos las mayores dificultades.

Había llegado el momento de la verdad, y la forma en la que debían demostrar que creían en Jesús era obedeciendo su orden de quitar la piedra. Por supuesto, si Jesús tenía poder para resucitar a un muerto, también podría haber quitado la piedra sin ninguna dificultad, pero él quería que las personas se implicaran. De hecho, en este como en otros muchos casos, el Señor deja que el hombre tenga su parte de responsabilidad y haga lo que está a su alcance, interviniendo el Señor solamente al final, cuando los recursos humanos se muestran totalmente insuficientes. Por ejemplo, algo similar ocurre cuando nosotros predicamos el evangelio a los perdidos; nosotros podemos explicarles todo el plan de la salvación, pero sólo Dios puede darles la vida eterna.

Por otro lado, nada de lo que hacía el Señor carecía de propósito. Marta no podía comprender qué sentido había en exponer a la vista de todos unos cadáver de cuatro días, pero el Señor quería que los presentes pudieran comprobar con todos sus sentidos que Lázaro estaba realmente muerto. De ese modo, después de que lo resucitara, nadie podría decir que Lázaro no había estado realmente muerto. Así que todos tuvieron ocasión de ver su cadáver, y hasta oler su putrefacción.

Por lo tanto, el Señor permitió ese breve momento de sufrimiento a fin de que sus amigos pudieran ser sorprendidos después por el gozo de la resurrección. Es verdad que ninguno de ellos esperaba eso, pero es típico del Señor hacer mucho más de lo que pensamos o somos capaces de imaginar.

“Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”

La fe de Marta estaba vacilando momentáneamente, así que el Señor quiso animarle con estas palabras. Era importante que recordara todo lo que había escuchado de Jesús, pero aun era más importante que lo creyera, porque la fe es la clave para ver la gloria de Dios.

¡Qué promesa tan grande; “si crees, verás la gloria de Dios”! Y, por supuesto, no era únicamente para Marta, sino también para todos nosotros, porque nosotros también la necesitamos. Cuando atravesamos días de prueba, cuando parece que el sol, la luna y las estrellan han desaparecido, cuando nos sentimos solos batallando en medio de mil dificultades, nosotros también debemos recordar las palabras de Jesús y tener fe en ellas, porque sólo así encontraremos la salida y podremos ver su gloria.

Los hombres quieren “ver para creer”, pero Jesús dice que “si crees, verás”. Con esto el Señor enfatiza una vez más la importancia de la fe. En otra ocasión dijo al padre de un muchacho endemoniado: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible” (Mr 9:23). Y en Nazaret no pudo hacer “muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos” (Mt 13:58). De alguna manera, es como si la falta de fe maniatara a la omnipotencia divina y limitara su poder.

En cualquier caso, debemos notar que Jesús todavía no le había dicho a Marta lo que se proponía hacer, así que su exhortación era a tener fe en él. En realidad, era ahí donde estaba el problema; ella estaba pensando demasiado en el cadáver de su hermano y no estaba mirando al Señor. Pero mirar a los problemas nos desanima, mientras que cuando nos apoyamos enteramente en el Señor, entonces todo cambia.

A Marta se le prometió que vería la gloria de Dios. En este caso se refería al poder de Dios que es capaz de dar vida a los muertos. Notemos que aunque la resurrección de Lázaro traería mucho gozo y alegría a todos, sin embargo, el propósito principal sería manifestar la gloria de Dios. Finalmente algunos de los presentes “quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto”. Aunque Marta no dijo nada, su silencio fue interpretado como una prueba de que había aceptado las palabras de Jesús.

“Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes”

Podemos imaginarnos la situación: Jesús se encuentra ante el sepulcro abierto y la multitud le rodea esperando con impaciencia lo que sucederá a continuación. Y es en ese momento, cuando todos le estaban mirando, que el Señor se dirigió a su Padre en el cielo de manera solemne, alzando los ojos y hablando con él de forma audible ante la multitud.

En cuanto a su oración, las palabras de Jesús dan a entender que ya había orado por Lázaro anteriormente y que había sido escuchado por su Padre. Así que, en realidad su oración no es una petición, sino una expresión de acción de gracias, porque aunque el milagro todavía no había ocurrido, el Hijo sabía que nada ni nadie lo podría impedir. Esto era así porque en una vida de completa obediencia al Padre no tenía cabida la incertidumbre en la respuesta a la oración. Su voluntad y la del Padre eran una sola, y por eso tenía la plena certeza de que sus oraciones eran contestadas siempre de forma afirmativa en el mismo momento en que eran pronunciadas.

Por lo tanto, el hecho de elevar su oración de forma audible tenía el propósito de mostrar a todos los que le acompañaban la unidad absoluta que había entre su Padre y él: “Pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado”.

Una vez que Lázaro fuera resucitado, todos los allí presentes estarían preparados para entender que el milagro era una manifestación de la plena unión del Padre y el Hijo, lo que confirmaría que Jesús era realmente el enviado del Padre. De esta manera acabaría con las objeciones de sus enemigos que negaban esta relación, y que incluso habían llegado a atribuir sus obras de poder al mismo Satanás (Mt 12:24). Como ya sabemos, esta era una reivindicación que Jesús venía haciendo desde hacía tiempo y que especialmente los líderes religiosos del judaísmo no habían querido aceptar (Jn 5:36) (Jn 10:25).

“Y habiendo dicho esto clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!”

Después de haber dado gracias al Padre, Jesús se dirigió a Lázaro en el sepulcro y le ordenó que saliera fuera. Y aunque el sentido común nos diría que los muertos no son capaces de escucharnos, la voz de Jesús tenía tal autoridad que podía llegar hasta el seno de la misma muerte.

Notemos también que Jesús se dirigió a Lázaro por su nombre, de forma personal. En cuanto a esto, Agustín de Hipona comentó que el llamamiento era tan extremadamente poderoso que si no le hubiese llamado personalmente, todos los muertos se habrían levantado de los sepulcros. Y tenía razón, tal como el mismo Señor había explicado anteriormente:

*(Jn 5:28-29) “No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.”*

En respuesta a la orden del Señor, las cadenas de la muerte se vieron quebrantadas “y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir”. La muerte no tiene poder alguno ante el “Autor de la Vida” y Lázaro abandonó el mundo de los muertos para regresar temporalmente al de los vivos.

Fue entonces cuando Lázaro, con grandes dificultades a causa de las vendas con las que había sido envuelto, logró salir del sepulcro. Nos imaginamos que la multitud quedó paralizada por el asombro y fue necesario que Jesús les mandara que lo liberasen de aquellas telas que le aprisionaban.

¡Qué emoción inundaría sus corazones y mentes al deshacer con sus propias manos lo que antes habían preparado para su sepultura! Pero aquella era la indumentaria de un muerto y Lázaro ahora estaba vivo.

Mientras ejecutaban la orden del Señor, tuvieron nuevamente la ocasión de comprobar que era realmente Lázaro, al que ellos habían sepultado hacía cuatro días. No había duda posible de que estaban ante un milagro extraordinario.

Suponemos que una vez desatado, Lázaro volvería a su casa con sus hermanas. Podemos imaginarnos su gozo desbordante. Sin duda Jesús les había traído el consuelo que nadie más les había podido dar. Era cierto que por un tiempo no habían entendido por qué el Señor no había hecho nada, pero ahora que veían su propósito cumplido, seguro que se sentían satisfechas. Ya no había nada que reprochar. Los días de sufrimiento habían valido la pena, porque su hermano estaba nuevamente con ellas, pero lo que era mucho más importante, el Señor había manifestado su gloria y todos ellos habían llegado a conocerle de una manera que de otro modo no habrían podido.

A partir de aquí el evangelista no dice nada más acerca de Lázaro, sino que se centra en las diferentes reacciones de los presentes. Y si somos sinceros, nos hubiera gustado saber un poco más acerca de las experiencias que Lázaro pudiera recordar de los cuatro días en que estuvo muerto. ¿Qué pasó después de que murió? ¿Cómo es el cielo? ¿Cómo se sintió al volver a esta tierra? En fin, tendríamos muchas preguntas para hacerle, pero el evangelio guarda silencio sobre todo lo ocurrido después de la muerte de Lázaro. En cierto sentido es lógico, pues Pablo dice que cuando fue llevado al tercer cielo, tampoco pudo explicar nada de lo que vio allí, porque era demasiado glorioso para expresarlo en un lenguaje humano (2 Co 12:1-4).

Nos imaginamos que Lázaro estaba contento de poderse encontrar nuevamente con sus hermanas y con el Señor. Pero podemos pensar también que le hubiera gustado seguir en el cielo, libre por siempre de todos los problemas de esta vida presente. Porque no lo olvidemos, cuando muere uno de nuestros seres queridos que es creyente, va inmediatamente al cielo, lo cual es infinitamente mejor que estar en este mundo.

Por otro lado, debemos considerar también que la resurrección de Lázaro no fue como la de Jesús. Lázaro, al igual que las otras personas a las que el Señor resucitó, tuvieron que volver a morir. Además, cuando resucitaron, lo hicieron con el mismo cuerpo que tenían antes de morir, y volvieron a la misma situación en la que habían vivido hasta ese momento. En cambio, cuando Jesús resucitó lo hizo con un cuerpo glorificado e inmortal. Por lo tanto, la resurrección de Lázaro sirvió para demostrar que el Señor tiene poder sobre la muerte, pero no podemos decir que se trate de la resurrección que los creyentes esperamos, porque nosotros seremos resucitados juntamente con Cristo, con cuerpos de gloria semejantes al de él.

Preguntas

1. Busque en el evangelio de Juan expresiones o hechos que demuestren que el Señor Jesucristo era realmente hombre. Busquen también otras que demuestren que era Dios.

2. Busque seis ocasiones en el evangelio de Juan en las que el Señor Jesucristo trató personalmente con mujeres. ¿Qué fue lo que pudieron aprender en cada uno de los casos?

3. Según los filósofos griegos los dioses eran “impasibles”, es decir, no tenían capacidad de sufrir o experimentar emociones. Busque siete ocasiones en la Biblia en las que se vea que Dios siente algún tipo de emoción en su relación con los hombres.

4. Tanto Marta, como María y también todos los que estaban con ellas consolándolas opinaban que si Jesús hubiera estado allí, Lázaro no habría muerto. ¿Qué podemos deducir de estas palabras?

5. ¿Qué diferencias hay entre la resurrección de Lázaro y la del Señor Jesucristo?